

SERGI PÀMIES

---

*Si te comes  
un limón sin  
hacer muecas*

PRESENTACIÓN DE ENRIQUE VILA-MATAS



ANAGRAMA  
Narrativas hispánicas

**Sergi Pàmies**

**Si te comes un limón sin hacer mue-  
cas**

—No estarás pensando en rebelarte, ¿verdad?  
—¿Contra qué?

Diálogo de la serie  
de dibujos animados *Doctor Kat*

## Índice

<a href="#"><u>Resumen..</u></a>	5
<a href="#"><u>PRESENTACIÓN:</u></a>	6
<a href="#"><u>SI TE COMES EL INFINITO SIN ESTRELLAS.</u></a>	6
<a href="#"><u>LA OTRA VIDA..</u></a>	9
<a href="#"><u>NUESTRA GUERRA..</u></a>	11
<a href="#"><u>COMO DOS GOTAS DE AGUA..</u></a>	15
<a href="#"><u>MONOVOLUMEN..</u></a>	17
<a href="#"><u>SANGRE DE NUESTRA SANGRE.</u></a>	19
<a href="#"><u>BRINDIS.</u></a>	22
<a href="#"><u>EL POZO..</u></a>	27
<a href="#"><u>CONVALECENCIA..</u></a>	28
<a href="#"><u>EL JUEGO..</u></a>	31
<a href="#"><u>EL EXPERIMENTO..</u></a>	33
<a href="#"><u>FICCIÓN..</u></a>	37
<a href="#"><u>LA VIDA DULCE.</u></a>	40
<a href="#"><u>UNA FOTOGRAFÍA..</u></a>	43
<a href="#"><u>DESTINATARIOS.</u></a>	44
<a href="#"><u>LA VIRGEN ESTÁ LAVANDO..</u></a>	46
<a href="#"><u>ESCABECHE.</u></a>	49
<a href="#"><u>EL VIAJE.</u></a>	51
<a href="#"><u>EL DESENLACE.</u></a>	53
<a href="#"><u>LA EXCURSIÓN..</u></a>	56
<a href="#"><u>PRECISAMENTE HABLÁBAMOS DE TI</u></a>	57

## Resumen

Si te comes un limón sin hacer muecas combina situaciones cotidianas y fantásticas que profundizan en emociones comunes con las que resulta fácil identificarse. El amor no correspondido, la desconfianza, las dependencias familiares, el exceso de soledad o de compañía y los deseos insatisfechos son algunos de los elementos que caracterizan este libro. Con una mirada irónica, incisiva y contenida, Sergi Pàmies retrata las servidumbres de unos personajes vulnerables, esclavos de unas circunstancias que, al igual que los limones, tienen el contradictorio poder de ser ácidas y refrescantes al mismo tiempo.

## PRESENTACIÓN:

### SI TE COMES EL INFINITO SIN ESTRELLAS

Vas y compras *Si te comes un limón sin hacer muecas*, y crees que es un libro de pocas páginas. El propio autor, Sergi Pàmies, con su habitual ecuanimidad, te lo ha confirmado hace unos instantes: «Bueno, no es muy largo.» Muy bien, piensas. Y te dices que Pàmies no te va a engañar. Compras su libro y te lo llevas a casa y, viendo que hay veinte cuentos mínimos, te dices que en una hora lo habrás leído. Pero unos días después, a la duodécima vez que lees *Si te comes un limón sin hacer muecas*, te preguntas si Pàmies no te ha traicionado y, al igual que el título, que es más bien largo, el libro esconde en realidad tres mil páginas más. Y al final acabas comprendiendo que Pàmies te ha vendido como breve lo que en realidad es un libro interminable, infinito, hasta podría llamarse *Si te comes el infinito sin estrellas*. Y eso que, según has podido saber, Pàmies ha tenido la delicadeza de corregirlo obsesivamente y dejarlo lo más flaco posible, porque no ignora que escribir es sobre todo corregir, y sabe también que cualquier texto siempre es susceptible de ser reducido a la mitad y que hasta puede iniciarse una expedición en busca de la esencia del relato mismo. Y ha oído hablar seguramente de aquello que dijera el tímido Tito Monterroso cuando al llegarle su turno para hablar en un coloquio, paralizado por el miedo escénico, dijo «yo no escribo; yo sólo corrijo», y el público comenzó a reír y aplaudir, y Monterroso ya no pudo decir nada más, ni mucho menos ponerse a dar explicaciones. Pero está bien claro. Ningún escritor es bueno hasta que no aprende a corregir. Aunque precisamente por eso me veo forzado a corregir la frase y precisar que tampoco está claro que corregir sea tan fácil como a primera vista pueda pensarse. Recuerdo que Delacroix solía decir que hay dos cosas que la experiencia debe aprender: la primera es que

hay que corregir mucho; la segunda es que no hay que corregir demasiado.

A pesar de los seis años que han transcurrido desde que Pàmies publicara su último libro, el de ahora entronca perfectamente con la ácida pero refrescante poética limonera (poética dura y al mismo tiempo sorprendentemente flexible) de algunos de los mejores relatos de aquel libro anterior que para mí inauguró en la obra de Pàmies una etapa diferente, mucho más madura y ambiciosa, y estoy pensando en su excepcional relato «La máquina de hacer cosquillas», por ejemplo: un cuento que me conmovió y me impresionó mucho y me hizo modificar ciertas ideas tópicas que había tenido hasta entonces sobre los cuentos de Pàmies. Noté que como narrador se había desmarcado de la vulgaridad imperante y había dado un salto importante, había cambiado. He hablado de madurez y de ambición literaria. Acerca de la primera, sugiero acudir precisamente a su relato «La madurez» de su antepenúltimo libro, *La gran novela sobre Barcelona*, donde narra la historia de alguien que descubre que hace ya una semana que no despotrica de nada ni de nadie y que hasta es indulgente con su cuñado y se asombra de que una mezcla de placidez y felicidad se haya introducido en su vida cuando antes se dedicaba a criticarlo todo. Ahí en ese cuento —que parece estirarse en el tiempo hasta llegar a la cita de Doctor Katz que abre *Si te comes un limón sin hacer muecas*— ya se anunciaba su entrada en la madurez, esa edad del hombre que no tiene por qué ser necesariamente atormentada y dolorosa. La prueba está en que la madurez en este autor es, a pesar de la dureza de fondo de las historias, una verdadera alegría para sus lectores. Es una madurez más que razonable y que mantiene con el género humano una relación de generosidad y de piedad que parece participar de la ironía cervantina de la sonrisa benévola, compasiva, llena de simpatía y placidez: una ironía entre el desencanto, la discreta felicidad y la esperanza inútil, pero que, en cualquier caso, revela una cierta armonía con el mundo, la misma que ha sabido establecer Pàmies en la vida real al lograr un equilibrio

interesante entre la práctica cotidiana del periodismo en prensa, radio y televisión («que me resuelve parte de los entusiasmos, de la alegría, de la inmediatez, o de la curiosidad») y esas sendas oscuras del alma, íntimas y conflictivas, que requieren siempre un tiempo de reflexión infinito que él sabe desviar hacia sus cuentos mínimos.

La verdad es que este libro limonero de Pàmies lo tengo ya chupado, leído y releído, leído al revés y hasta decúbito supino: limón eterno. Pero sigo leyéndolo y mirándolo alucinado, y aprendiendo. El libro es como un pozo inagotable, es como «El pozo», uno de sus relatos más perfectos y, por cierto, el más breve. Es tan breve que no se acaba nunca. En otro de los cuentos, «La otra vida», la historia comienza con una frase con la que se podría construir una novela-río, aunque también parece la primera estrofa de un narcocorrido: «Tuve que morir para saber si me querían.»

Puede saltarse el lector ahora mismo este prólogo e ir directamente a esa angustiada frase que es la primera del libro. Pero en el caso de que el lector haya perdido el tiempo parpadeando y todavía siga conmigo, le diré que aspiro en este prólogo a ser como la fugaz gota de agua que agoniza en uno de los mejores cuentos de este libro y que, antes de perderme en el fregadero, quisiera simplemente decir que uno de mis relatos favoritos es «Sangre de nuestra sangre», donde se nos describe a una pareja que es muy feliz, pero tiene un problema muy peculiar, que, de no tomar una dolorosa solución drástica, podría alargarse toda una vida. Ahí en ese relato se nota cómo Pàmies se encuentra a gusto en la distancia corta, género literario en el que dice no encontrar más que ventajas: «Si fuera un vendedor de coches diría que el cuento es el género con más prestaciones: tiene intensidad, excluye la grandilocuencia, no permite demasiadas digresiones y, en el peor de los casos, se acaba rápido.»

Otro de mis cuentos preferidos es «Ficción», uno de esos relatos que lo dice todo en unas brevísimas páginas que sintetizan magistralmente el tan manoseado y pringoso tema tópico de las relaciones entre realidad y ficción, esa



cuestión de la que tan inútilmente se habla en ferias y congresos y que «Ficción» resuelve de un solo y contundente puñetazo sobre la mesa de disección, donde la pobre mosca ya hace siglos que está muerta.

Y decir finalmente —ya me voy— que admiro la sensible y rigurosa destilación que se adivina detrás de cada cuento, la sabiduría (el tono sereno conviviendo con la tristeza y la fatalidad), la severa ambición, el sentido común siempre a punto de explotar, y la maestría general de Pàmies en estos cuentos. Lo dije desde el primer momento y seguramente mi entusiasmo molestó a más de uno porque un día acabaron preguntándome cómo era que me interesaba un autor que no se parecía en nada, pero es que en nada, a mí. Pensé en responder que me gustaba por la atracción de los contrarios. Pero acabé diciendo instintivamente: «Es que Pàmies no se parece a nadie.» Me salió del alma. Recuerdo ese momento como si hubiera caído sobre mí un rayo afortunado porque, al contestar así a la pregunta, di de improviso con una de las claves de la belleza de este libro. Pàmies cruza todas las fronteras de un solo trazo y es realmente único, tiene una forma muy singular de llevar sus cuentos al límite de su esencia y un tratamiento personalísimo de situaciones cotidianas que derivan hacia emociones recónditas. No se le puede comparar a nadie. Su sentido del humor es infinitamente serio. Ha iniciado un camino sencillo, pero terrible, porque inventa una imagen nueva de las profundidades. Todo eso ya lo quise decir aquel día. Y recuerdo ahora hasta qué punto me reprimí al contestar, porque anduve muy cerca de decir que tal vez no lo supieran, pero que yo mismo era un cuento del libro, yo también soy un cuento de Pàmies.

ENRIQUE VILA-MATAS,  
*Barcelona, 1 de enero de 2007*

## LA OTRA VIDA

Me tuve que morir para saber si me querían. En vida, nunca fui demasiado popular, y eso me creó un problema de autoestima que combatí con mucha disciplina y poco éxito. En casa, si yo no iniciaba la conversación, ni mis hijos ni mi mujer sentían la necesidad de decirme ni mu, más allá de los comentarios estrictamente funcionales. En el trabajo, si me ponía enfermo, nadie me echaba de menos. Quizá por eso no me sorprendieron las reacciones que produjo mi muerte. La discreta consternación que invadió el domicilio familiar guardaba más relación con los cambios que acompañan este tipo de situaciones —sumados a cierta inquietud económica— que con una pérdida irreparable. Una vez quedó claro que cobrarían la prima del seguro de vida, mis hijos se mostraron igual de inexpresivos que de costumbre. Sólo cuando, en el tanatorio, la pequeña acarició el ataúd de pésima calidad en el que me habían metido, percibí una punta de aflicción relacionada, me pareció intuir, con algunos recuerdos de infancia. En el transcurso del funeral, la mayoría de los asistentes miraron el reloj durante el sermón —excesivamente largo para mi gusto— del sacerdote. Ni una sola lágrima: el silencio de circunstancias que acompañaba la condolencia era lo bastante explícito para no interrumpirlo con unas manifestaciones de dolor que, por otro lado, habrían resultado artificiales. En los días posteriores al entierro, mi mujer reaccionó con serenidad. En una semana, empaquetó, además del luto, toda mi ropa en cajas de cartón y se las regaló al vagabundo que suele pedir limosna junto al Kentucky Fried Chicken. Dos semanas más tarde, se cortó el pelo, se pintó las uñas de los pies, dejó de fumar y empezó a reír más fuerte y más a menudo. En vida, yo ya había sentido el rechazo de los demás, pero la indiferencia que me dispensaban era soportable. Y si, por un error de cálculo, me hacían notar de un modo demasiado vulgar que no contaban conmigo, yo me limitaba a correr

un tupido velo y a refugiarme en la lacónica resignación de los refranes: no hay mal que cien años dure, tal día hará un año. A veces, cuando la evidencia del aislamiento me resultaba difícil de digerir, subía en coche hasta el mirador de la Rabassada, a fumar y a pensar mientras, en los vehículos aparcados a mi alrededor, las parejas fornicaban con la intensidad propia de la juventud y del adulterio. Su entusiasmo, expresado por los gemidos apaciguados por los cristales empañados, me contagiaba una fuerza algo perversa, es cierto, pero fuerza al fin y al cabo. Fue regresando de una de esas excursiones cuando me morí. No puedo decir que fuera un accidente. Conducía con la prudencia habitual, admirando la belleza de la ciudad extendida a los pies de la montaña, escuchando el boletín informativo por los altavoces de la autorradio. En los últimos metros de una curva, sentí la necesidad de abandonar, así, en el sentido más amplio del verbo «abandonar». No se trata de un suicidio, pensé, más bien de un ataque de irresponsabilidad. Primero no respeté una señal de límite de velocidad. A continuación, un stop pintado sobre el asfalto (con la primera letra tan gastada que leí *top*). Finalmente, un semáforo rojo. Pocos metros antes de llegar a la ronda de circunvalación, vi a una pareja de ancianos que cruzaba la calle. Para esquivarlos, aceleré y, con una maniobra brusca, cambié de carril. No frené. El coche golpeó la estructura de protección, la rompió, voló tres o cuatro metros y, de morro, se despachurró en el carril derecho de la vía rápida. No provocó —milagro— ninguna colisión. Tardé diecisiete minutos en morir, durante los cuales me sorprendió que, pese a la violencia del impacto, la radio siguiera funcionando. «Hasta aquí las noticias», oí que decía una voz femenina acompañada por un indicativo grandilocuente. La muerte no fue ni dulce ni amarga. Más compleja de lo que me creía, eso sí, quizá porque en vida no había pensado en absoluto en esta cuestión. Una suma de parálisis física y emocional me impidió experimentar dolor. Me pareció que, en un nivel de percepción distinto al que había utilizado hasta entonces, filtraba la realidad que me rodeaba como un fenómeno que

guardaba más relación con los demás que conmigo. Antes de que me dieran definitivamente por muerto, permanecí durante un rato dentro de una ambulancia. Gracias a la habilidad de un enfermero con halitosis, mantuve algunas — no demasiadas— constantes vitales. Quitándole a la situación cualquier componente emocional, consideré que no merecía la pena esforzarse. La confluencia entre una sobrevida inválida y una muerte inminente me iluminó la conciencia con la fuerza de una revelación. Las letras que indicaban el camino hacia la supervivencia eran espectaculares, con neones intermitentes, ofertas de pague dos y llévase tres y un despliegue muy atractivo de señales. El camino sin retorno, en cambio, se insinuaba a través de una bombilla de sesenta vatios. Preferí no hacer nada y, por si acaso, esperar acontecimientos. Impulsado por una inercia de muchos años, me vi a mí mismo tomando el camino menos iluminado, convencido de que todo terminaría enseguida, sin sospechar que me esperaba esta oportunidad de sentir cómo la vida de los míos no sólo continúa perfectamente sin mí sino que, además, mejora. Miradlo cómo se ríe, el hijo mayor que antes no abría la boca y que ahora practica cibersexo con un suizo que se hace pasar por una *au pair* brasileña. Miradla cómo disfruta, la pequeña que siempre encontraba excusas para no ir al instituto y quedarse en la cama, y que ahora madruga para hacer piscinas y más piscinas sólo para estar cerca de un monitor depilado. Miradla a ella, gran amor, cómo busca su imagen reflejada en los escaparates, para comprobar lo guapa que está. Y como si ésa fuera la primera victoria después de tantos años, siento la necesidad de sonreír porque, finalmente, los he hecho felices.

## NUESTRA GUERRA

En el momento de sentarme ante el ordenador tengo el propósito de escribir la historia de una batalla sin que se note a favor de qué bando estoy. Si puedo, relataré los hechos con un distanciamiento que refuerce la idea —no demasiado original, lo admito— de lo absurdo de las guerras. Cuando haya descrito la carnicería provocada por las bombas caídas sobre una trinchera no me recrearé en la atrocidad de la escena. Empiezo a escribir, pues, con voluntad de asepsia. Tres horas más tarde, cuando ya he situado la acción en un campo de batalla cualquiera, me pregunto a qué viene tanta contención, y si ese deseo de ecuanimidad no será, en el fondo, una especie de miedo: miedo a manifestar lo que realmente deseo decir. No se trata de una duda nueva, y tengo argumentos para rebatirla. Por ejemplo: del mismo modo que hay escritores que practican la torrencialidad de palabra y el análisis minucioso de la psicología de los personajes, en otros la parquedad y la carencia de detalles describen, por omisión, todo lo que no dicen. Siempre he creído que el exceso de información distrae al lector, pero ¿lo sigo creyendo? Una vez he contado que las bombas han caído y que casi todos los soldados han muerto, oigo una voz interior que me susurra: «Cuenta algo más.» La tentación de transgredir los mandamientos que yo mismo me he impuesto es fuerte: me muero de ganas de acercarme al sargento que, muy malherido, agoniza. Si me contengo es porque me había propuesto no particularizar en ningún personaje y contemplar el dolor como una suma informe de aberraciones. La voz interior, sin embargo, insiste: «Deberías arrodillarte y escuchar qué está diciendo.» Lo hago, pues, consciente de que esta transgresión del propio código es un síntoma de debilidad y, me temo, de envejecimiento. Descubro que el sargento está hablando en ruso. A pesar de que no tengo ni la más remota idea de ruso, me parece que debo trasladar sus últimas palabras como si tu-

viera la responsabilidad de memorizarlas para transmitírselas a sus hijos, a una viuda desconsolada o a las generaciones venideras. En el momento de ponerme a inventar lo que dice el sargento, lucho contra los prejuicios de utilizar una lengua de la que suele afirmarse que carece de argot propio, a diferencia de otras, capaces de describir cualquier realidad con verosimilitud y precisión. Me acerco a los labios del sargento y le escucho, dispuesto a traducir el lamento a un catalán quizá no tan prestigiado como el inglés, el alemán, el castellano o el francés, pero igualmente eficaz. Nada digno de pasar a la posteridad, constato: blasfema. En ruso, es cierto, pero los juramentos en ruso de un moribundo en una trinchera son extrapolables a todas las lenguas y a todas las trincheras y son, por consiguiente, universales. Para tener a mano una referencia en la que inspirarme, me imagino cómo debió de blasfemar un sargento catalanohablante herido en una guerra, la guerra civil española, por ejemplo, que es la que me toca más de cerca. Mientras este propósito va tomando cuerpo, recuerdo a todas las personas que me han hablado de la guerra. Y cómo eso me ha contenido de escribir nada sobre el conflicto, precisamente porque me parecía que se hablaba demasiado de la guerra y, sobre todo, siempre igual: como hablaba mi padre, que la sentía tan propia que la llamaba «nuestra guerra». Y me imagino los juramentos que debieron de proferir aquellos combatientes entre julio de 1936 y abril de 1939. Y aprovechando que la ficción permite tomarse ciertas licencias, cambio de opinión y hago que el sargento ruso profiera juramentos parecidos a los que yo proferiría si ahora mismo estuviera en esa trinchera. Me acerco todavía más a los labios del sargento, procuro abstraerme del estrépito de las bombas y de los gemidos de los heridos y, una vez acortada la distancia que, por disciplina, intentaba mantener, adapto lo que, en un idioma que no entiendo, le escucho decir: «La puta madre que los parió.» De entrada, me sorprende la virulencia de los juramentos, aunque enseguida me hago cargo: acaban de seccionarle la pierna con una bomba caída de lo que, entre dientes, él denomina:

«puto cielo del dios que los parió». Si me acerco un poco más, puedo oírle murmurar el equivalente en ruso de «estos hijos de la grandísima puta me han destrozado la pierna». En la expresión verbal del dolor hay, observo, un componente de alivio, como si el hecho de blasfemar le permitiera resistir un poco mejor el pánico, el desgarró y la impotencia. En otros soldados, el dolor se manifiesta a través de llantos, gemidos, rezos o los gritos de, por ejemplo, el cabo que, allí mismo, se desangra como un cerdo en día de matanza. Como me produce mucha angustia mirarlo, lo hago por persona interpuesta y escribo que el sargento observa al cabo de arriba abajo, con los tímpanos reventados y los ojos ciegos de barro. Contagiado por el dramatismo de la escena, lo imito: levanto la cabeza para mirar un cielo que, en realidad, es el techo de la habitación —con una grieta que recuerda la silueta de un relámpago— por el que desfilan los aviones. Y me estremece darme cuenta de que, de un momento a otro, los aviones regresarán para descargar, y que no podré hacer nada para evitarlo. Y escribo que el sargento levanta la mirada —azul y al mismo tiempo roja de sangre— no hacia el techo de una habitación sino hacia un cielo que hubiera preferido empapado por una lluvia de truenos y relámpagos. Lástima que esto no resulte verosímil, advierto, porque tengo entendido que, en condiciones climatológicas adversas, resulta difícil volar. Y que los días ideales para bombardear una población —inocente, iba a decir, pero me detengo, porque aunque la inocencia de la población es un concepto que daría para un artículo de opinión e incluso para un ensayo, ahora no viene a cuento— son los días soleados, con una visibilidad de esas que, cuando íbamos con mi padre al parque de atracciones del Tibidabo, le hacía decir: «Aquella sombra de allí es Mallorca.» Y yo no veía nada, pero estaba tan contento de que me hubiera llevado al parque que le decía que sí, para no llevarle la contraria, o quién sabe si porque, en el fondo, quizá sí veía la sombra de una remota sombra de Mallorca. Pues una visibilidad así, supongo, que permitiera al comandante de la escuadrilla de bombarderos ha-